



Juan Manuel García Ruiz

Sobre el poder mágico de las gemas

La mentalidad ordálica lleva siglos impregnando nuestro mundo de seres humanos inseguros a los que nos vende soluciones mágicas para resolver los asuntos cotidianos que nos atosigan. Aún hoy, doscientos años después de la Ilustración, no hay ninguna sociedad donde las distintas religiones y mancias no campen por sus respetos. Tal es el caso de las piedras, de las gemas o de los cristales. Desde los tiempos remotos en que esa pequeña región del oriente medio aún no era una máquina de vomitar guerras al mundo, pero tenía un pectoral donde se engarzaban doce piedras, hasta hoy en día, existe una tendencia a creer en las propiedades milagrosas de las gemas sobre nuestros cuerpos y almas. A veces me han preguntado qué hay de cierto en este tema de la litomancia o gemomancia y -como experto en piedras y cristales les hablo- no he tenido más remedio que confesar que algo de eso hay.

Por ejemplo, si usted le regala un diamante a un ser querido, éste ineludiblemente experimenta una sensación de felicidad y un notable incremento de cariño hacia su persona. Esta ley, que pudiéramos llamar ley de inducción del cariño (LINCA), ya fue insinuada por Marilyn Monroe en "Diamonds are a girl's best friend", aunque no se puede decir que la rubia platino entrara en detalles sobre el tema. No hay duda de que hay casos extraordinarios en los que esa ley no funciona y si no que se lo pregunten a Richard Burton (no al intrépido explorador de las fuentes del Nilo, sino al amante de Elizabeth Taylor). Pero son las excepciones las que confirman la regla. De hecho, el fenómeno es universal, funciona con cualquier tipo de amor, desde el paterno-filial al del legal desposado o al del amante inconfeso. Refuerza la unión pura entre platónicos enamorados o la más carnal y apasionada relación. Como demostró en su sesudo estudio Tomás de Arce, la sensación es

directamente proporcional al número de quilates de la joya y es independiente del sexo, ya que funciona de varón a hembra o a la inversa y la homosexualidad tampoco es una barrera. La dependencia tiene forma sigmoïdal, es decir, a pequeños valores del número de quilates el aumento de cariño es lento, pero después de un umbral crítico se dispara hasta el enloquecimiento para más tarde saturarse cuando el amor no puede ser más ciego. Curiosamente, el fenómeno es reversible, ya que si usted le retira el diamante a esa persona (algo que ninguna dama o caballero haría pero que, con rigor científico, De Arce llevó a cabo) la sensación de cariño revierte de inmediato presentando en algunos casos ciclos de histéresis. Es más, si por razones desconocidas la joya desaparece -por ejemplo, si viene Arsenio Lupin y le despluma sin contemplaciones- se crea un malestar general que induce a comportamientos imprevistos, tal como Wilkie Collins mostró en *La piedra lunar*. También ha sido señalado que el poder de las gemas perdura en el tiempo, trastornando durante siglos mentes y corazones, como Pérez-Reverte acierta a describir en *La carta esférica*. Se han comunicado casos, como el reportado por Isak Dinesen en *Los caballos fantasmas*, en los cuales las propias gemas se convierten en seres reales para algunas mentes. Incluso es de general conocimiento que bajo el influjo de esas piedras, y en cierta medida sobre ellas mismas, se han construido fabulosos mundos imaginarios, el más reciente de ellos por Joanne Rowling.

Ese, y sólo ese, es el poder mágico de las piedras. En su estructura íntima, escondido en las nubes de densidad electrónica, está encerrado un tesoro que ningún embaucador jamás pudo siquiera sospechar. Un poder encriptado cuya naturaleza sólo la literatura viene desvelando por los siglos de los siglos. ¿Alguien conoce mayor poderío?

Juan Manuel García Ruiz (Sevilla, 1953) es doctor en ciencias geológicas y Profesor de Investigación del C.S.I.C. en Granada. Investiga sobre crecimiento cristalino y fenómenos de autoorganización en biología, geología y ciencia de materiales.